

DIÉGUEZ LUCENA, ANTONIO: *Transhumanismo: la búsqueda tecnológica del mejoramiento humano.* Barcelona, Herder, 2017. 243 pp.

Antonio Diéguez Lucena es Catedrático de Lógica y Filosofía de la Ciencia en la Universidad de Málaga. Ha sido *visiting scholar* en las universidades de Helsinki, Harvard y Oxford, así como presidente de la Asociación Iberoamericana de Filosofía de la Biología. Dentro de este ámbito de estudio destaca su labor investigadora, habiéndose fraguado el nombre de una de las figuras más relevantes en dicho campo. Sus trabajos e investigaciones se enmarcan, así como en la filosofía de la ciencia, en la dinámica de debate contemporáneo de la filosofía de la tecnología, desembocando, en su fusión con sus investigaciones sobre filosofía de la biología, en la obra que en este momento venimos a comentar.

Transhumanismo. La búsqueda tecnológica del mejoramiento humano es una obra en la que nuestro autor, de la mano de sus conocimientos filosóficos sobre tecnología y biología, nos presenta un mapa en el que desgaja, pieza a pieza, los fundamentos y consideraciones a tener en cuenta a la hora de ponernos a reflexionar acerca de esta corriente filosófica tan de moda.

El transhumanismo se presenta tal vez como la cosmovisión propia de nuestra época. El culto a la técnica ha pasado al primer plano de la realidad social. La vida, aunque siempre lo haya sido, es ahora más técnica que nunca: nos ponemos prótesis, hacemos dieta, nos educamos, consumimos información de lo que pasa en el mundo..., y todo esto no son más que técnicas de mejoramiento, acciones que nos acercan a nuestros deseos de ser mejores.

No cabe duda de que el ritmo del avance científico de las últimas décadas se irá acrecentando de forma exponencial con el paso de los años venideros. Hoy, a diferencia de nuestros padres y abuelos, contamos ya con la existencia de órganos vitales artificiales, viviendas mejor acondicionadas, transporte seguro a altas velocidades, comunicación instantánea con nuestros seres queridos a cualquier hora del día... El bienestar, que es lo único que el humano necesita para su vida, cada vez ha venido siendo más accesible para una mayor cantidad de gente.

La vida no sólo merece ser vivida. Al humano, además, se le hace necesario vivirla bien. Pues, tomando las palabras de Ortega, él sólo necesita lo “objetivamente superfluo”.

Recuerdo que, de pequeño, mi padre me decía que tenía que comer

para vivir, no vivir para comer. Y es eso lo que piensa Ortega. El hombre no vive, como el resto de animales, “para comer”, sino que su vida es otra cosa más que eso; si quiere, puede declararse en huelga de hambre, o restringir la ingesta para bajar de peso, o no consumir lo que en ese momento se le apetece por motivos religiosos. Sea como sea, está claro que el ser humano no vive para comer, o para dormir, o para reproducirse. Sus razones *para* vivir están más allá (o más acá). No empeña su vida en satisfacer sus necesidades naturales, sino que crea una sobrenaturaleza a partir de la cual puede construirse a sí mismo. Desde la aparición del primer hombre, la vida humana consiste en modificación del medio para adaptarlo a sus necesidades (esas “objetivamente superfluas”); consiste en mejoramiento constante.

Tras milenios de evolución, la especie humana, tan frágil en realidad, ha conseguido mantenerse en la existencia gracias a esta capacidad de transformar el medio a su antojo. La vida humana se construye sobre las fantasías, sobre los productos de la imaginación que crean un ambiente imaginario que se vuelve “objetivamente superfluo”. Así es que el hombre no tiene naturaleza, sino historia. La verdadera naturaleza humana es el proyecto, la capacidad de recrearse en las posibilidades y darse un sentido

a uno mismo para sus acciones. El humano, que aparece en la naturaleza, pero despegado de ella, tiene que crearse esa naturaleza “extra” para existir como él quiere existir, o sea, bien.

En la sociedad actual del mundo globalizado, las posibilidades de recrearse el hombre y orientar su vida por diferentes caminos son cada vez más numerosas. Pero ese hombre sigue siendo el mismo ser de siempre, ese que anda buscando realizarse a sí mismo, encontrar su sino en un espacio técnico que debe crear a toda costa para sobrevivir. El transhumanismo se presenta así, en nuestro siglo, como uno de los movimientos intelectuales que más tienen que prometer. El progreso tecnocientífico ha posibilitado grandes avances con sus consecuentes aportaciones al bienestar de la vida humana, y, teniendo en cuenta el ritmo al que se han producido esos avances, podemos suponer que lo que esté por venir podrá ser enormemente revolucionario.

En principio, el mayor problema para el bienestar humano es la muerte. Su actuación compromete a la vida de raíz, suponiendo un límite absoluto que ha definido a nuestro género desde que tenemos constancia de su existencia. No obstante, esa limitación es más relativa de lo que en principio consideramos; así podemos apreciarlo si pensamos en los “milagros” que muchas veces

consigue la medicina, incluso en personas de avanzada edad, o en los beneficios que aporta el seguir hábitos de vida saludables, o en la mejora en la salud que producen los trasplantes de órganos vitales, como el corazón o el hígado. Además, tenemos ejemplos de organismos vivos cuya edad supera con creces a la de cualquier individuo humano. Hay, de cualquier modo, razones más que considerables para pensar que la muerte biológica sea algo contingente y que la longevidad de la vida pueda ser prolongada si se descubre el funcionamiento de los mecanismos biológicos y se aprende la manera de acceder a ellos mediante la técnica.

Además, el mejoramiento humano a través de la técnica ha alcanzado una expansión increíble a lo largo del siglo XX. Prueba fehaciente de ello son los avances en computación y digitalización, que han supuesto una revolución en las formas de comunicación y, por ende, en la manera de vivir la vida. La posmodernidad se caracteriza por el paso de la técnica de medio a fin, y, con ello, la funcionalidad se convierte en el rasgo esencial de las actividades que ocurren sobre el mundo. Las cosas no se miden ya tanto por su valor cualitativo cuando sí por su valor cuantitativo. Lo operativo, lo numérico, la función, plasma lo real, el modelo “límite” sobre el cual deben versar las ac-

ciones que se den en el escenario técnico. Por ello no resulta extraño que uno de los lugares donde se fraguaron las primeras andadas del transhumanismo fuera el ámbito de la ingeniería computacional y las matemáticas, a saber, allí donde se busca imitar procesos naturales a través de funciones operacionales. La ingeniería computacional y la inteligencia artificial prometen, apoyadas en sus recientes avances, poder desvelar el diseño de la obra maestra de la creación: la inteligencia humana. Figuras como Nick Bostrom, Ray Kurzweil o Hans Moravec, desde los que se advierte de la emergencia catastrófica de la singularidad tecnológica, son algunos de los pioneros y más radicales transhumanistas. Esta corriente se enmarca más en la defensa del *ciborg*, pues según ellos vamos a experimentar, en los próximos años, grandes avances en la inteligencia de los robots, de modo que tenemos que “subirnos al carro” bien montándonos en él o bien invirtiendo en su seguridad. Fusionarnos con la máquina o programarlas con limitaciones éticas podrían ser buenas soluciones. Sea como fuere, y con acierto en su argumento, Diéguez nos explica que estas son cuestiones que deben tratarse con cautela debido a las posibles consecuencias que de las nuevas realidades sociales puedan surgir, sobre todo si llega a comprometerse la integridad identi-

taria o incluso física de los individuos.

A pesar de los inventos y descubrimientos de la inteligencia artificial, la biología sintética, cuya labor comienza en la actualidad a fusionarse con la ingeniería, está abriendo nuevas rutas de posibilidades inexploradas, y hoy en día es la ciencia que más aspira a convertirse en crucial en la investigación de las próximas décadas. Sus promesas pueden considerarse tal vez más plausibles e incluso deseables que las de los ingenieros computacionales y matemáticos, pero por desgracia los peligros que encierra pueden suponer un mayor impacto en la vida tal como la conocemos, y, por tanto, se debe avanzar con prudencia. Si la manipulación genética se hace tan viable como tantos científicos afirman, la fórmula de la creación estará al servicio de la voluntad humana, y la evolución basada en el azar pasará a la historia. La humanidad podría alcanzar así un período de “madurez” racional, como algunos se aventurarían en llamar, y hacer de sí misma una especie totalmente nueva. De cualquier modo, no puede más que escapársenos de las manos la idea de imaginarnos los fines que un ente radicalmente distinto al nuestro podría tener, cuál podría ser su nicho ecológico, cuál su modo de reinventarse o cuáles sus nuevas necesidades.

Aun así, con las posibilidades que se nos abren con la aplicación de la tecnología a la biología, a los genes, la reflexión sobre el mejoramiento humano pasa a parecernos más cercana. Y así es que se nos vienen encima no pocos problemas éticos que hay que apresurarse en resolver antes de que sea tarde. Nadie negaría que haya que dejar de investigar los modos de modificar los genes si el objetivo es tratar de curar enfermedades congénitas o degenerativas. No obstante, ya empezamos a ver cierta problemática moral si el caso que se nos muestra presenta unos límites menos claros. Por ejemplo, ¿cómo resolver el problema de que en un caso sea moralmente bueno mejorar la memoria, como en personas de avanzada edad, mientras que aumentar la capacidad en alguien que de forma natural tenía ya poca memoria no sea moralmente bueno?

Una cosa está clara. Defender la existencia de una supuesta naturaleza o esencia humana que deba respetarse es algo muy controvertido y cuestionable; sólo se puede comprender bien una realidad cuando se la ha pensado a posteriori. Es por ello que las cosas revolucionarias producen mucho rechazo al principio. Pero el ser humano tiene la obligación moral de, como hemos dicho, reinventarse continuamente, explayarse en sus posibilidades y construirse un modo de ser mejor.

Así lo ha hecho siempre, y en la actualidad del siglo XXI esto aparece más patente que nunca. Las imágenes cegadoras de la nueva realidad nos apelan a que seamos únicos y originales, a que nos actualicemos. Y, si suponemos las predicciones de los más radicales transhumanistas, podríamos imaginarnos un futuro donde el mercado genético e intelectual alcance unos límites que ahora nos parecerían, cuanto menos, extraños, con una humanidad tan variada en sus formas físicas como en sus razones de ser. De todos modos, esa nueva especie post-humana sería algo muy distinto a nosotros.

Antes bien, tenemos que saber (dadas las posibilidades de poder adquirir cualquier cosa que deseemos) qué es lo que queremos hacer con nosotros mismos. Las premisas principales del transhumanismo son muy atractivas y están fundadas en consideraciones que deben tenerse muy en cuenta. Pero antes de aventurarnos en la defensa de un poder tan grande, debemos plantearnos las cuestiones cruciales para nosotros y nuestros descendientes directos. La manipulación genética, tanto como beneficiosa, puede ser perjudicial si tan grande poder cae en las manos equivocadas. Como comunidad que somos, hay una cierta estabilidad que debe mantenerse, pues todos queremos vivir en una sociedad habitada por gente feliz. Tenemos

que preguntarnos qué queremos desear. La humanidad siempre va a tener deseos, pero no siempre tiene por qué tener la oportunidad de remediar las consecuencias de sus acciones. La clave para encauzar estos debates en la dirección correcta consiste en pensar más qué queremos hacer de nosotros mismos, a dónde estamos dispuestos a llegar y qué estamos dispuestos a sacrificar en el camino.

Sin duda Antonio Diéguez, de manera sincera y audaz, sabe analizar en esta obra las propuestas más controvertidas que han expresado los transhumanistas de las últimas décadas. Aportándonos los hechos objetivos de lo que de la ciencia puede esperarse hoy día, hilando su discurso con unos planteamientos filosóficos que le dan un sentido muy atractivo a la obra, pudiendo acercarse a ella tanto alguien versado en la materia como cualquier persona que estuviera interesada por primera vez en el tema.

FRANCISCO J. MORENO VARILLA
Universidad de Sevilla

